

El arte de leer

Leopoldo Alas «Clarín»
[1852-1901]

No me refiero al arte de leer en voz alta para los demás, ni siquiera al de leer para sí. No hablo del arte de cómo se ha de leer, sino del arte de *lo* que se ha de leer.

Libros como el de Legouvé y otros, pueden servir de guía a los que quieran leer bien en público. En efecto, como se ha observado ya muchas veces, son pocas las personas que saben leer para que otros los oigan; y es que se descuida por completo el arte de esta habilidad, como el de tantas otras. Así, por ejemplo: a los catedráticos se les exigen pruebas, más o menos seguras, de suficiencia académica, pero nada que demuestre que han estudiado el arte de enseñar.

En muchos órdenes de la actividad se prescinde del arte correspondiente.

Esto sucede respecto del asunto de que quiero decir algo, muy poco, en comparación de lo mucho que se pudiera hablar de tan grave materia pedagógica.

Más importante que saber cómo se ha de leer, es reflexionar acerca de lo que se ha de leer.

¿Qué se ha de leer? Pensarán algunos: todo. *El saber no ocupa lugar.*

¡Oh!, sí. El saber ocupa lugar. Además, *ars longa vita brevis*, no hay más remedio que escoger, aunque solo fuera porque no hay tiempo de leerlo todo. Pero, además, hay otros medios de selección. Hay que preferir lo mejor; y lo mejor, ya lo es en absoluto, ya por causas subjetivas, por razón de oportunidad. Hay que desechar lo malo, que puede serlo para todos, por sí mismo, o en relación a las condiciones del que leyere.

Cuando nos falta la experiencia, allá en los primeros años de la juventud, y sentimos el acicate de la curiosidad universal y los impulsos de la vanidad

pedantesca, y creemos, porque por lo pronto nos sobra vida, que la muerte es peligro remotísimo, nos lanzamos ávidos de ideas, emociones, noticias, a *leerlo* todo; sin orden, sin miedo, como el glotón devora sin acordarse de la condición flaca del estómago, sin pensar en la estrechez de los intestinos, sino en las anchuras de la gula.

¡Qué oportuna sería en tales momentos una sabia dirección que nos señalase lo que debíamos escoger para alimento de esta curiosidad, en sí generosa, pero llena de peligros!

Pero suele faltar toda vigilancia entonces. El padre que ve que su hijo lee mucho, se da por muy satisfecho, porque se compara con los que tienen hijos holgazanes que no quieren leer.

Se toma por carácter del mérito del trabajo el hecho material de la lectura. La irreflexión se deja engañar por la falta de lógica.

¿Dónde está el saber que no aprendemos por la viva voz o por la práctica? En los libros, en la lectura. *Luego* el que lee está consultando con la sabiduría. Funesto paralogismo. El saber está en la lectura, pero es una especie, no el género; la necedad, la inmoralidad y otras cosas malas también escriben. Mientras no conste más sino que se lee, no se sabe si se hace algo útil; hay que ver la especie de lectura.

La mayor parte de los lectores no tienen más guía en esto que la casualidad. Leen lo que se presenta.

El lector *malo*, el lector desordenado se distingue del que sabe cuánto importa escoger la lectura y leer en sazón, por multitud de signos.

Esos que leen en la cama *para dormirse* y leen *cualquier cosa...* son malos lectores. Vale más dormir y meditar que leer el libro que, por casualidad, está sobre la mesilla de noche.

En nuestro tiempo, más que antes, importa escoger por lo muchísimo que se publica, por el arte de escribir, que va adquiriendo el vulgo de la literatura y de las ciencias, y por la falsa democracia del elogio de la crítica superficial y sin escrúpulos.

Por eso hoy, más que nunca también, hace labor meritísima el que se consagra a la policía literaria, y señala lo bueno y lo mediano y lo malo, y procura des- crédito para lo que no merece ser leído.

Ya que falta selección en el lector, bueno es suplir, en parte, esta falta con las advertencias de la crítica concienzuda.

Hasta ahora lo más de lo poco que se ha hecho para separar lecturas de lecturas lo debemos a preocupaciones morales y religiosas. Goethe, en su *Dichtung und Wahrheit*, nos pinta la extraña impresión que le produjo en su juventud el espectáculo de ver quemar públicamente una edición de cierto libro. Sin

duda, en ese acto hay algo que parece repugnante: la violencia, la coacción que supone, el medio que se emplea, son, en efecto, poco agradables. Además, nos recuerdan hechos de barbarie y de fanatismo que tuvieron la misma forma. Pero prescindamos de la hoguera: es indudable que *no todos los libros son para todos*, y que hay infinitos libros que *no deben ser para nadie*.

La libertad del pensamiento, de la prensa, etcétera, etcétera, nada tiene que ver con que un padre de familia, verbigracia, ejerza en su casa la *previa censura* para las lecturas de su familia. Y téngase en cuenta que no es solo por motivos de moralidad y de fe por lo que debe desecharse tal o cual libro. Lo necio, lo insípido, lo adocenado, lo gárrulo debe proibirse también. Y, además, una buena *economía* exige escoger, y dejar lo aceptable por lo mejor; en igualdad de circunstancias preferir lo conciso a lo prolijo. El criterio relativo tiene que estar aplicándose constantemente, y muchas veces habrá que dejar a un lado libros que no por eso se condenan en ningún sentido, ni moral ni literario, pero que no son útiles por circunstancias del lector o en competencia con otros preferibles.

Es claro que no cabe señalar en absoluto reglas de preferencia, de selección, porque esto depende de las condiciones del lector; verbigracia, de la edad, del sexo, de la clase social, del oficio, de las aptitudes, etcétera, etcétera. Pero sí, se puede indicar algo respecto de ciertos estados y circunstancias que abarcan a muchas personas. Por ejemplo, se puede decir la clase de selección que contiene al hombre de cultura general, que no pretende ser sabio, pero sí, cultiva algún arte que exige ciertos conocimientos de lo principal que ha producido el ingenio humano. Se puede advertir cuáles son los peligros de la falta de selección en el erudito, y los males que a sí propio y a los demás puede causar si se entrega a la bibliomanía. Después, y con la base de ciertas reglas generales, puede entrarse en el estudio especial en que cabe la aplicación a lo particular, según su índole.

Pero esto ya sería objeto de todo un *tratado*.

Muchas veces se ha preguntado cuáles son los libros que deben leerse, y hasta se suele suponer el caso de que no se disponga más que de cien libros.

Y aquí del riguroso orden numérico en que, cada autor, según sus aficiones, sus circunstancias, su religión, su patria, etcétera, etcétera, va dándonos la lista de los libros que deben preferirse.

Estimo ocioso y aún perjudicial semejante cómputo por varias razones.

Ante todo, no debe admitirse la hipótesis de no leerse más que cien libros. Toda persona medianamente ilustrada debe leer muchos más.

Son paradojas, *salidas* de gusto falso frases como aquellas: «Bastan la *Biblia* y el libro de cocina»; «con el *Kempis* y el *Quijote* hay bastante», y otras

por el estilo. No; no hay en el mundo cierta media docena de libros que puedan suplir a los demás.

En esa lista de los cien autores siempre se notan omisiones imperdonables. Además, el orden de importancia de la lectura de estas o las otras obras varía indefinidamente, según el lector de que se trate.

Nadie ha hecho una relación de estas sin imponer dogmáticamente preferencias subjetivas.

Modo que ni los libros que leerse deben son ciento, sino muchos más, ni cabe señalar con precisión autores ni orden de *prelación*.

Lo que sí debe aconsejarse a todo el que pretende ser espíritu *cultivado* es que no olvide por la lectura de muchas obras de segundo o tercer orden, para satisfacer la vanidad de conocer lo que conocen pocos, la lectura de los *grandes hombres* que han escrito libros y de los libros buenos que traten, mejor que otros, de las *grandes cosas*.

Si va mucho de lo vivo a lo pintado, va más todavía de la lectura directa, íntegra de los grandes autores, poetas, filósofos, historiadores, etcétera, etcétera, a conocerlos por lo que otros han dicho de ellos.

Homero vale mucho más que sus comentaristas. La filosofía de Platón y la belleza de su forma no se conocen leyendo al mejor expositor de la filosofía platónica. Hay que conocer al *monstruo* siempre que se pueda.

A Dios gracias, la posteridad, en general, ha solido acertar al consagrar a los grandes hombres de las letras y de la filosofía.

Una gratísima experiencia me ha hecho siempre pensar, después de conocer directamente a un Homero, a un Platón, a un Shakespeare: era verdad; *esto* vale lo que la fama ha dicho... y más acaso.

Es un consuelo, un gran consuelo, en medio de tantos engaños como trae la vida, que este criterio tradicional –en conjunto anónimo– que reparte la justicia de la gloria, sea *casi* infalible; es decir, que puede equivocarse, pero que nunca se haya equivocado. Tal vez hay en la historia algún nombre oscurecido que merecía brillar; pero todos los grandes genios que brillan, consagrados por la posteridad, lo merecen.

Y son la mejor compañía. Procurad, en cuanto podáis, el trato constante de los genios. Es claro que en lo que se refiere a la especialidad que se cultiva, los *grandes autores* no bastan; hay que conocer muchas cosas que solo han tratado hombres de segundo orden. Pero en lo demás, en todas las *humanidades* que debemos conocer, pero que no es de nuestro oficio estudiar especialmente, mantengámonos siempre en la compañía de los más altos. No nos haremos por esto grandes hombres, pero el alma ganará mucho en ese ambiente.

Esta regla tan racional la siguen muy pocos, por motivos análogos a los que nos llevan a pasar la mayor parte de la vida ocupados en asuntos secun-

darios, temporales, dejando muy poco tiempo a la actividad del alma que más nos importa, a la que es más íntima en ella.

Un libro y muchos se podrían escribir haciendo ver cuánto progresa y mejora el espíritu con el trato constante de los *héroes* según el sentido que da Carlyle a la palabra. Para conseguir esto hay que sacrificar muchas cosas. La vanidad del erudito, del pedante, por lo pronto.

Los *grandes autores* quitan el deseo de conocer a los de género inferior; atraen la atención... la aprisionan, y pensando, pensando en ellos, se va el tiempo.

Y el erudito, el que ha de asombrar al mundo con la multitud de *datos*, fuentes, citas... necesita detenerse menos con los *pocos mejores* para poder hablar de los *muchos medianos*.

Renuncia a que le llamen sabio, sobre todo en estos días en que tanto se sabe de pormenores, de medianías, de *hechos* menudos, el que se pasa la vida leyendo, saboreando las obras del genio.

Los eruditos no suelen leer así. También la experiencia nos hace ver que por abarcar mucho no han podido sacarle todo el jugo que tienen a los mejores libros.

Lo peor es que siguen a los eruditos los aficionados, y todos van dando gran importancia a lo *mucho*; se quiere conocer a *multitud* de todos los géneros, y la prisa trae el *expediente* de la bibliografía, que hoy cuenta con excelentes *aparatos* para convertir a cualquier curioso, en pocos años, en un índice de la biblioteca de Alejandría.

Además, ayuda mucho el *psitacismo* crítico; es decir, la opinión sugerida por la crítica tradicional. La mayor parte de los autores célebres ya están juzgados de mano maestra; se repite en otra forma, ese juicio... y a otra *multitud*.

Hay que huir de ese *atomismo*.

Pero también es un extremo vicioso el que simboliza el *vir unius libri*. El hombre de *un solo libro* es temible en unas oposiciones de esas en que los jueces premian la retentiva. Al vulgo le deslumbra el hombre capaz de repetir un libro entero de memoria. ¡Apenas caben fechas, nombres propios, hechos, citas, en un libro! Al populacho de las letras le parece una enciclopedia viviente el varón *unius libri*. Los gacetilleros suelen reservar para él este epíteto: sabio.

El hombre de pocos libros (que no hay que confundir con el hombre de los libros mejores) suele ser víctima del misonéismo. Desprecia lo nuevo, y particularmente lo extranjero.

Esto de leer poco de lo extranjero, y ese poco atrasado, es vicio muy general en España. Yo he conocido profesores aplicados, hombres amigos de leer, que no ponían la menor diligencia en adquirir libros y revistas extranjeras. Para

ellos como si el correo no pasara las fronteras. Se enteraban de la *penúltima* novedad cuando se dignaba traducirla mal cualquier revista indígena.

No falta quien escribe defendiendo este aislamiento.

El tema es inagotable, pero los artículos deben tener fin.

Yo mismo no sé dónde ni cuándo he de tratar con más orden o detenimiento del arte de escoger la lectura.

Es asunto de mucho interés. El lector que lee *cualquier cosa* tiene la culpa de que haga el escritor que escribe *cualquier cosa*.

No necesito decir que este artículo es un rasgo de abnegación; porque al predicar que se escoja la lectura de lo mejor, vengo a pedir que no me lea.

Pero me queda la esperanza de que no se me haga caso... y de seguir pasando por donde pasan otros que tampoco merecen ser leídos.

Siglo pasado [1901]
Antología

